

LOS CAMINOS DEL SEÑOR NERIO

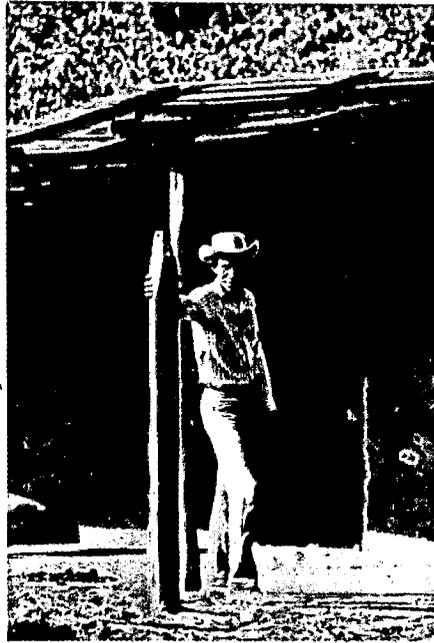
Alberto Micheo

El Señor Nerio es un campesino que vive en el caserío Santa Cruz, Edo. Lara. Este caserío pertenece al pueblo de Guarico. Allí tiene que acudir a vender sus productos, a abastecerse de insumos, víveres y a todo lo relacionado con cualquier papeleo oficial. La distancia será de unos 30 Kms. El tiempo en jeep, alrededor de dos horas.

El Señor Nerio produce café, cañotes, plátanos, cambures, arvejas, quinchoncho, etc. Hombre dinámico y activo en su ramo. Sin embargo, sólo baja al pueblo a vender café. El resto de los productos se los comen sus animales domésticos: cochinos, pavos y gallinas. Cantidades considerables se le pudren y los usa como abono...

Impresionado por tanto despilfarro de productos alimenticios, entablé una conversación con la idea de cambiarle una "mentalidad tan atrasada", según mi parecer. Con la venta de esos productos, pensaba yo, podría tener unos ingresos considerables, viviría mucho más holgadamente y contribuiría a una de las mayores necesidades del país. Después de la conversación me dí cuenta que el retrasado mental era yo...

- Señor Nerio, veo que Ud. tiene aquí toda clase de productos.
- Sí, Señor, y son suyos también. Ya le puse en su jeep un poquito de todo. Pa que los coma con mucha salud...
- Muchas gracias, Señor Nerio, pero Ud. los necesita más que yo.
- No se preocupe; yo tengo de sobra y los animales no acaban con todo.
- Está bueno, muchas gracias de nuevo, pero ¿no cree que podríamos buscar una forma de vender todo eso en el mercado de Guarico y sacar unos fondos para mejorar la casa, la finca...?
- ¡Cóoomo no! Eso sería muy bueno...
- Entonces —me animé a decirle lo evidente— ¿por qué no transporta todo eso al mercado de Guarico y...
- Ve Ud., lo que pasa es una cosa. Ud. ha visto que el camino está muy malo. Cuando llueve no hay paso por la quebrada de allá abajo. Los fletes de los transportistas son muy caros... (Aquí cambiaron los papeles y me empezó a preguntar)
- ¿Cuánto cree Ud. que me pagarán por un racimo de cambur?
- Por lo menos 25 bolívares...
- ¿Y cuánto me cuesta llevarlo?



- No sé, pero no será...
- Pues me cobran 15 ó 20 bolívares por racimo o bulto, según cómo esté el camino. Además yo pierdo el día y además tengo que pagar mi propio bulto ida y vuelta y además la arepa del día que en Guarico está recarísima... Ja... ja... ¡No me dá la cuenta!

Tenía razón. Lo que yo pensaba que era una mentalidad atrasada, resulta que era lo inteligente desde el punto de vista económico. Y no es el caso del Señor Nerio solamente. A Guarico pertenecen 82 caseríos que integran unas dos mil familias campesinas. Más del doble que el casco del pueblo. Con pequeñas diferencias viven en la misma situación. Son dos mil productores potenciales que dejan de producir por algo que no es, al menos no debería ser, responsabilidad de ellos: caminos para llegar normalmente al mercado del pueblo.

Este problema de la falta de caminos es común a la mayoría del campesinado venezolano. Lo hemos constatado en toda la región productora de café desde Lara, hasta lo más profundo de los Andes. El mismo problema enfrentan muchos pequeños productores de leche y queso en zonas eminentemente ganaderas.

Hay quien ingenuamente se pregunta: ¿por qué el campesino se ha aislado de esa manera habiendo tanto tie-

rra inactiva en lugares más asequibles? Realmente la pregunta es ingenua, pero encierra una terrible realidad. El fin de la Venezuela agraria, la de las ricas haciendas de caña, café y cacao, la de las "casas grandes" que mantenían un ejército de peones, tuvo terribles consecuencias económicas y humanas. Al clausurar la producción, sacaron afuera a los peones, reforzaron las cercas y trancaron los portones. La guardia nacional, al servicio de los propietarios ausentes en la ciudad, sigue defendiendo celosamente la sagrada ley de la propiedad privada.

El campesino peón, para poder sobrevivir, tuvo que emigrar a lugares donde no hubiera cercas, ni guardia nacional. Taló, quemó y formó su finquita. Y allá trabaja rudimentariamente. Vive, ríe y llora, todo intensamente, porque no cuenta con mucho tiempo. Pasan del millón los venezolanos que viven así...

Cada nuevo período de gobierno se oye repetir la tesis de la "Prioridad de la Agricultura". Se multiplican presupuestos y proyectos cada uno más avanzado que el anterior. Se crean diversos organismos de ayuda al campo: Inagro, Adagro, Proagro, Coagro... sin cambios apreciables en la realidad. ¿Qué pasa?

LOS PREVIOS DE TODO PROYECTO

Creemos que por mirar lejos e hilar fino dejamos de ver los obstáculos gruesos que están a nuestros pies. Claro que hay que mirar lejos e hilar fino, pero previamente tenemos que enfrentar los obstáculos más fundamentales. De lo contrario nos pasará como a aquel que invirtió millones en la compra de autobuses "último modelo" para transitar en una geografía con rutas de piedras. Lógicamente o no podían caminar o no tuvo rentabilidad para devolver el crédito. De poco le sirvió la excusa de echarle la culpa a los malos choferes...

Aunque parezca ridículo, algo paralelo nos está pasando con los proyectos agrícolas. Hemos invertido grandes cantidades en proyectos "último modelo": créditos, técnicas, subsidios, etc. El problema es que no hay condiciones previas para que esos vehículos puedan transitar. Se esfuman las inversiones y no hubo resultados. Nada sacamos con echarle la culpa al campesino por el mal funcionamiento...

Uno de los obstáculos más gruesos

y fundamentales son precisamente LOS CAMINOS; mejor dicho, la falta de ellos. Este hecho deja fuera de circulación productiva a más de un millón de potenciales productores y sin efecto muchos millones de bolívares en créditos destinados a la inversión productiva, educativa y social.

Cuando se habla de la necesidad de caminos de penetración, se hace con un sentido compasivo, como un derecho que tienen los pobres campesinos. El significado real va mucho más lejos, sin quitarle nada a lo anterior. Queremos especificar algunos efectos fundamentales.

CAMINOS Y CREDITOS

Pongamos que el Señor Nerio pide un crédito para producir cambures. Al 8 por ciento para pagarlo en cinco años. Una maravilla de crédito. Los técnicos del banco hacen los cálculos de rentabilidad según los precios oficiales tanto de los insumos que va a necesitar como del mercado del producto. La rentabilidad, según los datos oficiales, es segura.

El Señor Nerio obtiene una buena cosecha como es costumbre en él. Abonó su parcela y tuvo suerte con el clima. Sin embargo, al sacar las cuentas no le da para las cuotas de devolución. ¿Qué ha pasado? El que estudió la rentabilidad se olvidó de un detalle: EL CAMINO. Esto distorsionó todos los datos de la contabilidad. El costo del abono "triple 15" no fue en realidad de 75 bolívares (precio oficial); sino de 95 con el flete desde el lugar de expendio y su finca. El precio del racimo no fue de 25 bolívares que le pagaron en el mercado, sino de 5 ó 10 según el flete que tuvo que pagar para transportarlo al pueblo. Y en estas condiciones de precios reales no hay crédito que sea recuperable. El pequeño detalle olvidado es que no hay ruta para un vehículo tan perfecto como es un crédito... Y no lo pudo cancelar...

Paralela situación sucede en las regiones campesinas dedicadas a la producción de leche. Las receptorías pagan al precio oficial estipulado "a puerta de corral". Pero nada tienen que ver con el transporte. Las camionetas de doble tracción que transportan la leche entre los corrales y la receptoría, por caminos imposibles, cobran hasta un real por litro. Eso lo tiene que pagar el productor. Así la leche nunca llega a tener el precio oficial "a puerta de corral". En cambio los insumos los tiene que pagar aumentados con el flete.

Los famosos subsidios a la leche por calidad son otro caso en que nunca pueden llegar al campesino. El de enfria-

miento, porque no tiene electricidad; el de sanidad animal, porque hasta allá no llegan los organismos de registro; además, porque esos subsidios los paga el Estado a través de las receptorías. Pero los que entregan la leche no son los productores campesinos, sino los fleteros. Se da el caso de que el pago de los subsidios por parte del Estado se retrasa. Las receptorías dejan de pagar también. Cuando, al tiempo, reciben el subsidio gubernamental todo junto..., ya ese subsidio no va al productor, porque ni siquiera saben quién entregó... Y se quedan con el subsidio.

Todas estas distorsiones, originadas por la falta de caminos, hacen que el moderno sistema de créditos y subsidios no pueda funcionar. Nada sacamos con adquirir vehículos cada vez más perfectos mientras no les dotemos previamente de viabilidad...

CAMINOS Y EDUCACION

El caserío Santa Cruz, donde vive el Sr. Nerio, ha interiorizado una de las políticas más exitosas en Venezuela: la importancia de la educación. La comunidad del caserío levantó un galponcito de barro para escuela. Naturalmente el Ministerio no tenía presupuesto para ellos. Hicieron una lista de niños para la matrícula y presentaron la petición de un maestro o maestra para abrir la escuela. Después de muchas comisiones con sus gastos correspondientes a la ciudad, lograron su objetivo: Escuela con Maestra.

Preguntamos al Señor Nerio: ¿cómo va la escuela?

— Nooo, ya dejó de funcionar. La maestra se cansó y dijo que no le venían

suficientes alumnos. Hizo un informe y la llevaron a otra escuela cerca del pueblo.

— Entonces, la culpa es de Ustedes por no mandar a los muchachos...

— ¡Si Ud. lo dice, así será!, pero tampoco es como dice la maestra. Lo que pasa es que uno nunca sabe cuándo llega. Cuando llueve, ella no viene. Tiene que esperar a que alguien le dé una colita. A veces se pasa quince días sin venir... ¿Cómo sabe uno cuándo llega para mandar a los muchachos?

Hablamos con varias de las maestras. A cada rato las recogemos a lo largo de los caminos para darles cola. Les preguntamos lo mismo que al Señor Nerio: ¿Cómo va la escuela? La respuesta es la misma: Apenas mandan a los niños...

— Y Ud. ¿cómo se siente?

— Muy mal, aquí no se puede trabajar. Imagínesse que para ir a cobrar la quincena tenemos que pedir "colita". Cuando llueve no pasa nadie por varios días... y lo mismo para volver. Y cuando una llega, los niños no van...

La verdad es que la maestra tiene razón y el Señor Nerio también. Un caserío no es una concentración pequeña de casas, sino una zona o región donde los hogares están diseminados a media, una o dos horas de distancia a pie. Por lo menos en la parte montañosa. El punto de referencia central suele ser una bodega o una casa o la capilla que muchas veces hace de escuela. Nadie se entera cuando llega la maestra. Lógicamente ella se queja porque no van los niños y los padres se quejan porque no va la maestra.

La coincidencia entre el Señor Ne-



rio y las maestras toca el fondo de la verdad: la irracionalidad del sistema educativo en el campo. Las mismas normas administrativas que para la ciudad: cobro quincenal y personal en la oficina de la capital del Distrito. Con uno, dos o tres días para poder llegar. Y si llegamos tarde no nos pagan, nos decía una maestra. Si a esto se añade la obligación de acudir a las reuniones periódicas de todos los maestros de la zona para garantizar la buena marcha educativa y el mejoramiento profesional... Cuento los días que se puede dar clase en los caseríos. Calculamos que alrededor de 50 días... en todo el año. Y para muchos sitios el cálculo es muy generoso...

Para mejorar la educación en estas condiciones no hay más que dos soluciones: o un proyecto masivo de construcción de caminos transitables todo el año o admitir como maestro alguna persona de la comunidad con tal de que sepa leer, escribir, cuentas y algo de nuestra historia patria. La primera solución sería a largo plazo; la segunda nos parece inmediatamente posible. Bastaría un sueldo de 500 bolívares. Desde luego que esto es en contra de la ley, del mínimo salario, de las normas fundamentales para oficializar una escuela, etc. Sin embargo, la realidad de los campos es tal que 500 bolívares mensuales para una muchacha es un ideal en su vida, toda una transformación en su propia realidad. Para la comunidad, la posibilidad de que todos pudieran aprender a leer y escribir o por lo menos firmar ya sería un enorme cambio o por lo menos una esperanza. Una triste, pero real solución que se adecúa a la deprimente realidad del campesino.

Pero esto no se puede hacer. Cuando se presenta esta solución a los organismos oficiales se rasgan las vestiduras: "En Venezuela todos somos iguales. Todos tenemos los mismos derechos. Hay una Ley Educacional donde se ordena que todo maestro debe ser graduado y ahora de nivel superior. Hay un salario estipulado entre el Ministerio de Educación y el gremio que se debe cumplir. ¿Por qué los campesinos van a ser menos que los demás?"

Es el idealismo puro. Hacer que lo que debería ser, sea de hecho realidad. Y como la ley no es aplicable a esa realidad, al carajo con la realidad... Que los niños campesinos sigan analfabetos. Eso sí, todo en aras de la sagrada ley de la igualdad legal... Así de estúpida es la argumentación del sistema educativo en que vivimos. No importa que se sigan gastando millones en salarios de maes-



tros que la mayor parte del año no tienen posibilidad de llegar a su escuela. Y eso los preocupados y diligentes. Imagínense los que siempre buscan alguna razón para no ir... No hay duda, al inventor del vehículo "último modelo" de nuestro sistema educativo se le olvidó un detalle: No hay caminos para llegar a la escuela.

CAMINOS Y BIENESTAR SOCIAL

Cuando hablamos de "bienestar social" no nos referimos tanto a los últimos perfeccionamientos de la sociedad moderna. Tocamos dos niveles muy fundamentales: cierta seguridad normal de vida y vivienda no contaminante de enfermedades. Comprendemos que más que cualidades de bienestar son previos indispensables. Es el nivel de una gran proporción del mundo campesino. Los caminos tienen mucho que ver en ello.

Cuando uno recorre los caminos embarrados por donde normalmente transitan los campesinos, se tropieza con pasos que son verdaderos cementerios. Generalmente son pasos o vados donde el camino cruza un río o quebrada. Cuando traen los enfermos graves al hospital del pueblo, en jeep o en parihuela, con frecuencia se encuentran con la quebrada crecida. Tienen que esperar varias horas y hasta días a que la quebrada baje. En la espera muere el enfermo. O si se lanzan a cruzar no pocas veces son arrastrados por la corriente. Historias de estos hechos corren de boca en boca como acontecimientos normales de su existir.

De vez en cuando nos acompañan algunas personas de la ciudad en las giras por los campos. Generalmente son estudiantes interesados en conocer esa dimensión de la patria. Después de los caminos, el impacto más profundo lo proporciona las viviendas: ranchos de barro y bahareque, con suelo de tierra, sin apenas ventanas para luz y ventila-

ción, y sin chimeneas para el humo del fogón. Las consecuencias saltan a la vista: niños enfermos y mujeres con problemas de vista. En una campaña de alfabetización un problema fundamental fue que muchas mujeres veían las letras borrosas. El humo de las cocinas les había afectado.

La reacción de estos visitantes es bastante común: ¿Por qué no se han preocupado Uds. más por mejorar las viviendas? Los bloques de cemento no son hoy ningún lujo de ricos?... —Lo grave es que para el campo sí son un lujo. Y de nuevo volvemos a una de las raíces del lujo: los caminos.

Un bloque de cemento en cualquier ferretería del pueblo cuesta un bolívar. Puesto en casa del Señor Nerio vale dos bolívares. Un saco de cemento cuesta en el pueblo 18 bolívares. Puesto en el Caserío de Santa Cruz vale 30 bolívares. Cada lata de arena 20 bolívares. ¿Cuánto cuesta una vivienda a estos precios de los materiales? Añádale a esto el zinc, las cabillas, los clavos... No hay quinta que cueste tanto por unidad de construcción. Y parta de la base que el presupuesto ANUAL por familia no llega a los 10.000 bolívares... Todo por los caminos...

Nada tenemos en contra del máximo perfeccionamiento de las técnicas para el campo. Y cuanto más avanzados mejor. Lo que queremos inculcar es que esos perfeccionamientos descansan sobre unas bases sin las cuales no pueden fructificar. En nuestros campos faltan esas bases previas. Debemos colocarlas con absoluta prioridad. Si durante un año se destinara a hacer caminos el presupuesto destinado a la tecnificación moderna —incluyendo los créditos— solo con eso aumentaría en varios puntos la producción agrícola nacional y se colocaría una base fundamental para que las técnicas modernas pudieran dar frutos.